

é vinieron mill é quinientos soldados, é como los vió el alcaide, concertóse con el alcalde Mercado de le entregar la fortaleza é de le dexar saquear el pueblo; é así entraron los soldados la villa de Niebla, é la metieron á saco mano, é la robaron quanto en ella avía de oro, plata, ropas, joyas, alhajas de casa, armas, cavallos, é finalmente todo lo que avía en el pueblo; y el alcalde Mercado prendió á los dos alcaldes é quatro regidores, é ahorcólos, é toda la mayor parte de los soldados tornaron á Utrera con el saco é robo que sacaron, é otros huyeron con lo que robaron, que nunca mas paresçieron.» «E así,—decía el cronista del linaje de los Guzmanes treinta y seis años, poco menos después,—quedó la villa de Niebla robada, las casas é templos é muchas mujeres y donzellas desonrradas sin culpa suya ni del Duque, su señor.» «El Rey puso alcaide por la corona real en la villa de Niebla,» sin que á sus oídos llegara quizás la conducta criminal y salvaje de los soldados de su guarda (1).

Aquel horrible atentado de que era en 1508 víctima la villa decidió, á no dudar, de su suerte para lo futuro: incorporada á la corona por don Fernando, abandonaron quizás su amurallado recinto muchos de sus moradores reducidos á la miseria, ú obligados á esconder su deshonra en otras partes; y oscurecida y pobre, volvía por merced de Carlos V al poder de sus antiguos dueños, en remuneración de los servicios que le prestó don Alonso Pérez de Guzmán, sucesor del don Enrique, arrastrando por fin vida ruin y lastimosa (2), sin que fijaran en ella compade-

(1) BARRANTES *Ilustraciones* cit., t. X del *Mem. hist. esp.* págs. 442 y 443. Rodrigo Caro, consignando el hecho casi en los mismos términos, añade que Niebla «nunca mas pudo alçar cabeça; antes muchos de los vezinos, que en ella vivían, se fueron á vivir á otros lugares, que se engrandecieron con su daño, como fué Valverde del Camino, que se llamava Facanias, Trigueros, San Iuan del Puerto, y otros.» «Assi,—concluye escribiendo en los comienzos de la XVII.ª centuria—*vemos oy la villa de Niebla* muy dessemeyante á la grandeza, que antiguamente tuvo, que tales son las mudanças de las cosas del mundo, y su poca estabilidad, y firmeza» (*Chorogr.* cit. cap. LXXXII, fol. 217 vto.)

(2) En 1594, y después de la despoblación cruenta de la villa en 1508, tenía Niebla 361 vecinos (DELGADO, *Op. cit.*, fol. 83). Asegúrase que Alfonso X al insti-

cidos los ojos ninguno de sus señores ni durante aquel xvi.º siglo ni en las siguientes centurias, hasta llegar á la presente, en que de 1810 á 1812, fué el antemural de Sevilla, plaza fuerte, cuyas condiciones militares supo apreciar el mariscal Soult habilitando á este propósito el abandonado alcázar, cuya ruina tuvo antes principio, abriendo troneras en las barbacanas, artillando los muros musulmitas del recinto, y devolviéndole, aunque bajo la aborrecida dominación extranjera, parte del aspecto belicoso con que hubo de distinguirse desde el año 713 en que fué rendida por Abdul-Aziz-ben-Musa, hasta el de 1257 en que, impotente para defenderla, Aben-Mahfóth la entregaba á don Alfonso X, *el Sabio*. Reducida hoy al partido judicial de Moguér,—la antigua soberana del Algarbe presenta aspecto bien desconsolador y triste, con sus 437 viviendas de todos géneros que la componen: «las parroquias de San Miguel, de San Lorenzo y de Santiago, las Casas Municipales, el Cuartel de Milicias, el palacio del Arzobispo, el Convento de Dominicos y todas las casas antiguas solariegas yacen derruídas.» «Sólo aparece tal cual edificio por entre escombros.» «Calles enteras están convertidas en cercados de labor, y en general una población mestiza ú oriunda del África es la que la habita» (1); y por más que infundan en los

tuir la orden de Santa María, estableció su principal convento en Niebla, y que esta villa tuvo un regimiento provincial de su nombre, hasta fines del reinado de Carlos III, conservándose su bandera en la iglesia parroquial de Santa María. Para juzgar de la riqueza del partido de Niebla en los días de los Reyes Católicos, basta considerar que en 1482 fué arrendado en 900.000 maravedís, y en 1504 en 1.683.808 (CLEMENCÍN, *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*, Mem. de la Real Acad. de la Hist., t. VI, págs. 160 y 164).

(1) DELGADO, *Bosquejo* cit., fol. 83 v.º—A juicio de este escritor, natural de la provincia, el origen de la población mestiza de Niebla,—singularidad que confesamos ingenuamente no haber advertido,—es según «se encuentra en los antiguos cronicones», el siguiente: «En los siglos 14 y 15 los marcantes de Palos, Moguer y Huelva frecuentaban la navegación de la costa de Guinea, de donde extraían esclavos negros para los mercados de Andalucía, dando de ello el quinto para la Hacienda pública, y por sostener el monopolio de este lucrativo comercio, hubo contiendas en Portugal, bien porfiadas y por muchos años.» «Las naves que conducían esta odiosa mercadería, aportaban casi siempre á los puertos inmediatos á Niebla, donde se negociaban los esclavos, y comúnmente quedaban muchos en el país, y cuando llegaba el caso de ahorrarlos, moraban en aquellos mismos

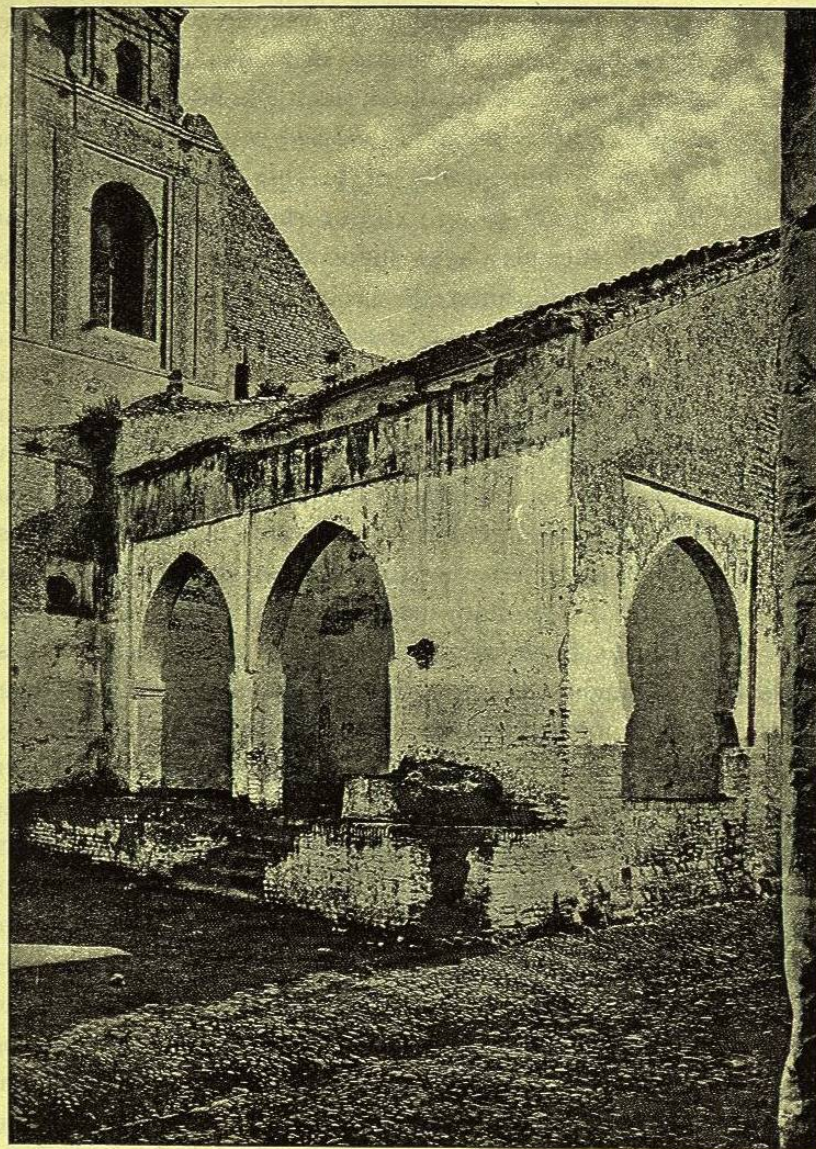
estudiosos el nombre y las reliquias de Niebla veneración y respeto,—proclaman á la par el abandono inmerecido en que yace la carencia absoluta de monumentos y aun de fábricas comparables á las que decoran otros muchos pueblos de la misma provincia, de importancia, significación y valía harto menores, y el ser su población tan exigua, como para que en el último censo de 1877, contara sólo con 388 vecinos y 1405 habitantes (1)!

No pretendas, lector, por consiguiente hallar en la villa de Niebla recuerdo alguno de la munificencia de los condes, sus señores, fuera de las descompuestas ruinas de aquel alcázar que en el siglo que ilustran las egregias figuras de Carlos de Gante y Felipe II, era todavía «una de las mejores piezas del Andalucía é de más autoridad,» como lo era aún en los días de Rodrigo Caro y en la primera mitad del pasado siglo, y que hoy es ya informe montón de removidos escombros, donde hallan morada sin embargo, bajo las descentradas bóvedas, entre los ruinosos muros, y donde quiera que es dable hacer espacio en el que quepa un hombre, familias enteras de menesterosos y desventurados de todos géneros y de todas categorías. Olvidada de sus señores, que alguna vez soñaron con ceñir la corona real, proclamándose independientes soberanos de la Andalucía, olvidada hubo de seguir, y así continúa y ofrece continuar mientras exista, sin que mano generosa se tienda á ella para libertarla de la triste situación en que yace.

Nada, sin embargo, importa ya esto á Niebla, ni en realidad

pueblos, donde la raza se mantiene y perpetúa casi sin mezcla; pero al cabo de tantos años ha perdido su primitivo color y degenerado en trigueño, y sólo mostrando su origen en la forma de sus fisonomías y en algunos rasgos del ángulo facial de la raza etiópica» (Op. cit. fol. 84).

(1) Tan grande ha sido la decadencia de esta villa, y tan notable su estacionamiento, como para que al finar del presente siglo XIX tenga la misma población que en el primer tercio del XVII. Rodrigo Caro lo demuestra así, escribiendo: «Boviendo pues á nuestra Niebla, con todo su aparato de Iglesias, muros, alcazares y torres, la hallamos de presente habitada de solos trecientos vezinos, no ricos, ni la población es de buenas casas» (Chorogr. cit. cap. LXXXI, fol. 221).



NIEBLA.—COSTADO SEPTENTRIONAL DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MARTÍN

tampoco importa á sus humildes habitantes, á quienes son indiferentes por lo común la historia de aquel pueblo, y el espectáculo con que brindan los despojos, aun en pie, de sus grandezas fenecidas. Apartemos, pues, el ánimo de semejantes consideraciones, y al trasponer con nosotros, lector benévolo, el esbelto baluarte en que se abre la *Puerta del Socorro*, detén la atención en el edificio que frontero á ella se levanta, pues habrá de llamarla de cierto, á pesar de su exterior ruinoso y del abandono que revela. Antes de que hayas fijado la mirada en el zafe de azulejos que, sobre el dintel de la cerrada puerta, declara en esta forma ser aquella la *YGLECIA DE SAN MARTIN*,—ya te habrá prevenido que te encuentras delante de un edificio religioso la torre que en su extremo oriental se irgue, recompuesta al gusto incoloro de la XVIII.^a centuria y provista de su campanario greco-romano, que si alguna cosa buena tiene, es la sobriedad con que en semejante construcción se muestra. Y así es con efecto: independiente y aun alejada del alcázar erigido por don Enrique de Guzmán, mediado ya el siglo xv,—la *Iglesia de San Martín* tiene méritos sobrados para excitar por sí propia la admiración y el interés del arqueólogo y del artista, aun en el estado mísero en que en la actualidad se ofrece.

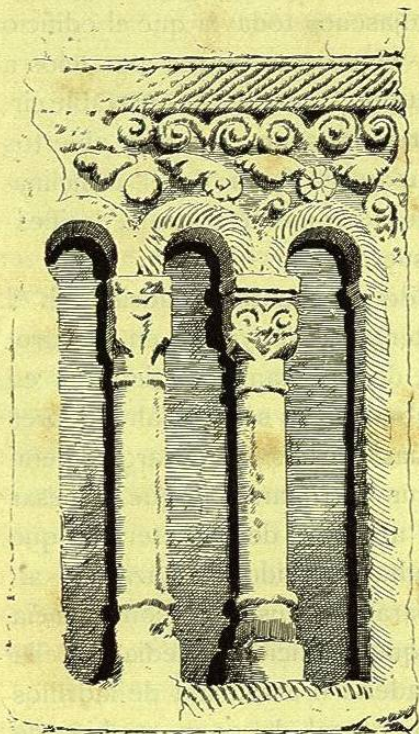
De irregular, desordenada y singular apariencia, presenta en primer término al descubierto, y tendido sin grande exactitud de Oriente á Ocaso, en dirección oblicua respecto del lienzo amurallado, y bien próximo á éste,—encalado muro que intesta en el comedio de la torre; fabricado de ladrillo, levántase sobre cierta especie de ándito, con paramento de igual linaje,—el cual oculta el hormigón rojizo, semejante al de las murallas, de que primitivamente estuvo formado,—y le perforan dos arcos gemelos, apuntados y casi ojivos, encuadrados desde los hombros, según usanza entre musulimes y mudejares, dando acceso al de la derecha sencilla escalinata de ladrillo. Echase de ver desde luego, que no es aquel muro un muro foral, labrado de propósito con el objeto de cerrar, como hoy cierra, el espacio

rectangular que constituye el atrio de la iglesia; y aunque los desconchados de la cal que encubre los ladrillos, permiten ver en alguna parte la fábrica, y ésta persuade de que no hubo de trabar con ella en el ángulo NO. otro muro alguno, por lo menos en su parte inferior,—antójasenos todavía que el edificio debió continuar hacia la muralla, con otros muros paralelos á éste, sospecha que hace semblante de favorecer la reparable circunstancia de que los dos arcos referidos no se hallan abiertos en el eje de la fábrica, sino que aparecen fuera de él, é inclinados hacia la torre, disposición verdaderamente extraña é inexplicable á nuestro juicio de otra suerte.

Abandonada sobre el destruído pavimento de ladrillo, en el ángulo NO. del ándito mírase tendida, apoyando en el muro, hemiesférica y deformada cuenca, de gran tamaño y labrada en piedra de granito,—de que tan abundantes son los alrededores de Niebla,—la cual allí en tal situación subsiste de largos tiempos, pareciendo trasladada de algún otro paraje, y que, á pesar de la indecisión y aun carencia absoluta de carácter con que se ofrece, pudo haber sin dificultad servido de taza en alguna fuente, si no es que sirvió para otros usos, en consonancia con lo que fué, según veremos, aquel edificio. Inmediato á ella y con poca altura, junto á la gradería ó escalinata de ladrillos que da entrada al atrio, existe un brocal de pozo, también de ladrillo, si no estamos trascordados, el cual, aunque hoy inútil, debió ser boca de un *algibe*; y como á poco más de dos metros de elevación, empotrada en el mismo ángulo del muro, que aparece para ello rozado de propósito,—cual indicador y testimonio irrecusable de las glorias de Niebla, osténtase peregrino monumento, que no sino como para recordación y memoria de que, acaso con el mismo emplazamiento de la actual *Iglesia de San Martín* se levantó en otras edades un templo también cristiano,—ha sido, nadie sabe con qué ocasión, fijado en aquel sitio.

Es este monumento, cuyo interés y cuya importancia son indiscutibles en Niebla, una tabla rectangular, entrelarga y de

blanco mármol, en la que de resalto se fingen tres arquillos ornamentales, peraltados y casi de herradura, forma por medio de la cual proclaman su oriental progenie. Labrada toda ella en bisante, aparecen por tanto biselados todos los exornos y salientes que la decoran, mostrándose la ornamentación repartida en tres zonas principales; hállase la primera y más superior de ellas constituida por una faja de mediana y proporcionada anchura que entre dos cintas corre de uno á otro de los extremos latitudinales de la mármo rea tabla, y se ofrece enriquecida por estriada funicular labor de resalto, del mejor efecto. Componen la segunda de las zonas referidas, á modo de arquitrabe sin separación colocada entre la archivolta de los arquillos memorados y la faja que hace oficio de entablamento,



NIEBLA.—TABLA ORNAMENTAL LATINO-BIZANTINA EN MÁRMOL BLANCO, EXISTENTE EN LA IGLESIA DE SAN MARTÍN

—tres órdenes de exornos, reelevados también por igual arte, los cuales llenan aquel espacio con cuatro vástagos tangentes que se enroscan á manera de volutas en el primero, con el mismo número de salientes y deformadas pencas que se suceden en el segundo, y en el tercero con hasta otras cuatro rosetas ó flores polifolias, de resaltado botón al centro, repartidas en línea aunque sin orden con relación á los arquillos, en cuyas enjutas apenas se distingue ya la labor que hubo de enriquecerlas. Fórmase la tercera y última

zona por los tres arquillos mencionados, cuya archivolta decora funicular y por extremo desgastado dovelaje, semejante en su dibujo y factura á la labor de la orla que recorre los bordes de la tabla, orla en la que, á guisa de machones, simulan descansar los hombros los arquillos laterales, y sobre la cual se levanta la decoración entera de este monumento. Desornado y rectangular abaco recibe los arquillos, lo mismo en la parte média que en las laterales, y bajo él aparecen característicos los capiteles que soportan el arco central, y son de forma cúbica, con resaltados vástagos en el frente, iguales á los de la segunda zona, y salientes pencas; cilíndrico el fuste, no sólo conserva señalado el astrágalo, sin la moldurada basa, que se alza sobre un plinto, destacando los arquillos con profundo relieve sobre el fondo liso de la tabla.

No se han menester grandes esfuerzos para comprender al primer golpe de vista, dadas las condiciones notadas en esta interesante reliquia, que correspondiendo los elementos que la constituyen á la tradición latina, religiosamente conservada por los españoles durante la dominación visigoda, y á la influencia aportada desde el reinado de Athanagildo en el siglo vi por los griegos bizantinos, con la cual aquella se funde en singularísimo nexo,—la tabla de mármol empotrada en el muro exterior del atrio de la *Iglesia de San Martín* de Niebla, es fruto del *estilo latino-bizantino* que caracteriza sin interrupción las construcciones de la edad visigoda. Costumbre fué, con efecto en ella, según acreditan por evidente modo no exiguo número de monumentos de análoga especie que aún existen por fortuna en algunas poblaciones occidentales de la Península española (1), el revestir á cierta altura los muros de basílicas y de pa-

zóna por los tres arquillos mencionados, cuya archivolta decora funicular y por extremo desgastado dovelaje, semejante en su dibujo y factura á la labor de la orla que recorre los bordes de la tabla, orla en la que, á guisa de machones, simulan descansar los hombros los arquillos laterales, y sobre la cual se levanta la decoración entera de este monumento. Desornado y rectangular abaco recibe los arquillos, lo mismo en la parte média que en las laterales, y bajo él aparecen característicos los capiteles que soportan el arco central, y son de forma cúbica, con resaltados vástagos en el frente, iguales á los de la segunda zona, y salientes pencas; cilíndrico el fuste, no sólo conserva señalado el astrágalo, sin la moldurada basa, que se alza sobre un plinto, destacando los arquillos con profundo relieve sobre el fondo liso de la tabla.

(1) Véase en los *Monumentos Arquitectónicos de España* que publicaba la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la monografía que acerca de los *Monumentos latino-bizantinos de Mérida* escribió nuestro Sr. Padre.

lacios con mármoles labrados como el presente (1), no siendo pues de extrañar que, consagrado aquel emplazamiento desde anteriores tiempos para lugar de oración, en él hubiera sido construída, quizás en los días en que San Leandro regía la diócesis sevillana, durante el reinado de Leovigildo, la Cátedra episcopal eleplense, y á ella por aventura perteneciese este importante resto que acredita la riqueza desplegada en su creación, acaso por aquel mismo Prelado Basilio que aparece en 589 concurriendo al Concilio tercero de Toledo, y cuyo nombre precede en las actas al de otros veintitrés prelados españoles, «lo que muestra alguna antigüedad de consagración», según el sentir del P. Flórez (2).

Hubiera ó no contribuído sin embargo á la decoración de la Basílica eleplense, si allí no estuvo emplazada, miembro es labrado para ornamentar la fábrica, y hubo de figurar en cualquiera de las que entonces ennoblecían el amurallado recinto de la populosa *Elepla*, no pareciendo sino que para proclamar la antigüedad de la hoy tan decaída villa, hubo de ser de propósito colocado este notable monumento en aquel ostensible paraje, dando frente á la *Puerta del Socorro*, que es la más regular y la principal de Niebla, por salir al camino ó terraplén que ha cegado en mucha parte el foso ó *cava* de la fortaleza aún existente. Allí con efecto, indicador es luminoso la presente tabla de la cultura conseguida por los hispano-latinos de la antigua fenicia *Illípula*: testigo de su grandeza y de su esplendor de otros días, y respetada por excepción de la ruina á que fueron sin piedad condenados los demás miembros decorativos de los monumentos labrados en la época visigoda, quizás por los ván-

(1) Entre las colecciones propias de la Sección II (Edades Media y Moderna) en el *Museo Arqueológico Nacional*, figura una tabla de mármol, del mismo estilo latino-bizantino, la cual procede de la provincia de Huelva, única indicación que pudo obtenerse del vendedor de este objeto en el Establecimiento científico mencionado.

(2) *España Sagrada*, t. XII, pág. 65.

dalos ó los suevos, si no por los alanos, ó acaso en la de los Califas cordobeses,—quién sabe si se ostentaría en la mezquita allí erigida entonces, como se ostenta en el exterior del modesto templo, cuya filiación hemos de procurar establecer en breve, habiendo delante de ella desfilado tantas razas y generaciones como han hecho asiento con el transcurso de los siglos en esta humilde villa de la provincia de Huelva!

Cerrando por el costado NO. el atrio de la Iglesia, dóblase el edificio en ángulo recto á la *calle de San Martín* con otro muro, donde, impracticable hoy á causa del pretil que le obstruye, y como los elegantes arcos de las puertas en el recinto, inscripto en su correspondiente *arrabaá* ó encuadramiento,—se abre con no menor gallardía hermoso arco de herradura, apuntado y construído de ladrillos, cuya luz coincide en latitud, ya que no en total altura, con la de los dos arcos gemelos que sobre el ándito franquean el atrio referido, circunstancia que desde luego induce en la sospecha vehementísima de que éstos han sido deformados, ya de intento ó por el uso rotos los salientes arranques de los mismos, dando por consiguiente á los citados arcos tal reforma, apariencias ojivales. No todo el muro es sin embargo de fábrica de ladrillo, cual podría juzgarse; sino que labrados con tal suerte de materiales los ángulos ó costados del mismo y el arco, la parte superior, que sobre éste descansa, es de hormigón idéntico al de las murallas, por más que desaparezca al exterior bajo las multiplicadas capas con que la cal lo encubre; tampoco traba con el muro que á continuación y en la misma línea se sucede, y constituye propiamente la imafrente en el templo, acaeciendo con él lo que dejamos ya advertido en orden al arruinado torreón donde se abría la tapiada *Puerta* frontera á la *del Buey*, en el cabo más occidental del lienzo S. de la muralla, detalle no para olvidado ciertamente en la investigación que pretendemos.

Todas estas circunstancias que de intento, y con marcada insistencia aquí notamos, bastarían por sí solas para que labrase

en el ánimo el convencimiento de que aquella fábrica lo es de un edificio mahometano, sobre todo en presencia del obstruido arco de herradura correspondiente al atrio, y cuya progenie musulímica es á no dudar indiscutible,—si no existieran por fortuna otros testimonios, cuyo prestigio produce la demostración total de aquel supuesto. Contribuyendo á ella por eminente modo,—sobre la masa pustulosa del hormigón en que se halla labrado el muro de cerramiento de la imafrente, y que aparece ostensible bajo los desconchados de la cal que le blanquea,—osténtase, no libre de la cal tampoco, airosa monumental entrada, tapiada hoy con ladrillos, pero practicable un tiempo, que puede y debe ser reputada cual modelo de las construcciones mahometanas en la XIII.^a centuria. Dos cintas paralelas, labradas en ladrillo con la maestría propia de los alárifes musulmanes de la época mauritana, y que se entrelazan vistosas á intervalos regulares, determinan en el plano superior y común del muro el encuadramiento ó *arrabaâ* dentro del cual se desenvuelve con singular gallardía la portada; hácese después un listel ó moldura de perfil rectangular, que desde el pavimento sube paralelamente á las cintas referidas á manera de marco, también de ladrillo fabricada, y en plano más inferior, con un filete de desarrollo, índole y estructura iguales, voltea un arco de herradura, apuntado y de dibujo idéntico al del atrio, mientras en otro plano, más inferior aún, se desenvuelve inmediato al anterior, y como él perfecta y limpiamente construido, el verdadero arco de la entrada, cuya luz resulta ser la misma de los demás arcos de este edificio.

Antes de penetrar en el interior por la vulgarísima greco-romana puerta encalada que se abre en el costado meridional de la *Iglesia de San Martín*, conviene reconocer el costado del septentrion, donde se muestra el atrio, y donde, formando ángulo entrante, avanza por oriente la fábrica con un cuerpo saliente que da ya á la *calle* denominada *del campo del castillo*,—aunque no lleva rótulo,—cuerpo rectangular, de vetusta fisonomía, irregular y desordenadamente perforado por elípticas cla-

raboyas, y que por el lado del atrio aparece detrás de un muro que se levanta á mayor altura que aquél, revelando al trabar con el lienzo en que se abren los dos arcos gemelos, referidos, diversas épocas y reformas ejecutadas en el templo. Cuadrada, desfigurada y construída de ladrillos, forma ángulo entrante también con este cuerpo, que corona esférica cúpula de ladrillo y argamasa, la torre de la iglesia, la cual se levanta sobre el edificio, y consta por su parte de tres cuerpos, muy posterior el segundo, y el último reducido á modesta espadaña de triangular frontón recorrido de molduras. Inmediato á ella muéstrase el ábside de *San Martín*, facetado y eptagonal, labrado en piedra, sencillo por extremo, y ostentando en el tejaro ó alero que recibe la cubierta, característicos canecillos ornados de tetrafoliadas flores en resalto, propias del estilo ojival en el siglo XIII.

A partir de la torre, aparece resguardando el ábside una tapia de poca altura que vuelve en dirección á estrecha calleja, formada por el lado de la iglesia de varios edificios sin importancia, entre los cuales surge rectangular si no cuadrado edículo con dentelladas almenillas de ladrillo en los ángulos y cúpula esférica, doblando allí para salir á la plazoleta que delante de la iglesia se hace por el mediodía, y donde se halla la casa del señor cura, unida ya al templo. Bajo la cal que blanquea, según costumbre andaluza, la fachada de la casa referida,—descúbrese empotrada en ésta y como á poco más de dos metros de elevación una lápida romana de cerca de catorce centímetros de ancho por 0^m 28 de largo, donde cerrada por sencilla y relevada moldura, á manera de marco, se distingue en tres líneas el epigrafe, que la cal hace de difícil lectura, no obstante lo cual se entiende perfectamente (1), continuando en pos la iglesia con otro edículo, semejante al anteriormente mencionado, en el que se abre un ajimecillo deformado completamente, y que ostenta

(1) Más adelante reproducimos este notable monumento epigráfico, ya conocido desde el siglo XVII; véase al propósito el capítulo siguiente.